

América Latina: Su-versión de la Comunicación*

—Apuntes para la Com-formación de la Democracia—

MARISOL CANO BUSQUETS**
CARLOS EDUARDO CORTES SANCHEZ

Los procesos teóricos de la investigación latinoamericana en comunicación, que desde la década del setenta y particularmente en los años 80, han llegado a concebir y comprender el papel que la comunicación y la cultura en sus múltiples formas han ejercido y tendrán, cada vez más, que ejercer en la organización social, no expresan el punto de vista desde el que un *comunicocentrismo* plantearía que la comunicación es todo. Por el contrario, son la manifestación —también múltiple— de una coyuntura histórica en que lo comunicativo, desde una perspectiva cultural, se revela como un fenómeno esencial, ya sea desde la *homogeneidad transnacional* o desde la *heterogeneidad cultural*, para pensar y realizar los modos de organización social.

Por una parte, con la propuesta de un nuevo "modelo de desarrollo", lo que emerge es el restablecimiento del poder con base en una operación global que articula la tecnología con la informática. La racionalidad reconstruida en el plano de la transnacionalización es ahora aún más que tecnológica, es telemática. Y ello nombra una nueva legitimación más que económica, más que tecnológica; es el modelo de una novedosa *economía cultural* basada en la más avanzada tecnología jamás creada por el hombre. Por otra, con la

* El presente ensayo es una síntesis de la tercera parte del Trabajo de Grado que lleva el mismo nombre, realizado por María Raquel Bózzi Anderson, Marisol Cano Busquets y Carlos Eduardo Cortés Sánchez (Junio 1984) para optar el título de Comunicador Social en la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Javeriana.

** Estudiantes egresados en 1982 de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Javeriana. Actualmente profesores de la Sección de Fundamentación y asesores de la Sección de Metodología de la misma Facultad.

crisis del Estado nacional, queda al descubierto la necesidad y el reto de enfrentar la *diversidad cultural* que sale a la superficie, desde formas no pensadas de organización social.

Lo que pretendemos con este artículo es caracterizar esos procesos teóricos que durante los últimos 10 años han propiciado, y desarrollado una variedad de búsquedas que van desde el orden práctico, pasando por el metodológico y el epistemológico, hasta intentar configurar una perspectiva teórica propiamente latinoamericana en comunicación: "lo alternativo".

El que suponga ser una perspectiva teórica latinoamericana en comunicación no significa que no haya sido un proceso interdisciplinario, alimentado, además, por desarrollos teóricos fundamentalmente europeos; y el hecho de que tal multiplicidad de búsquedas procure mirarse como "una perspectiva" tampoco quiere decir que constituya un bloque coherente y unificado de concepciones alrededor de la comunicación. En la hora actual, "lo alternativo" ni siquiera es capaz de contener muchos elementos que van, de hecho, más allá de las fronteras que han tratado de establecer. Por eso, si se quiere caracterizar el desarrollo que ha tenido la comprensión de la comunicación en América Latina estos últimos años, quizás la manera más conveniente de empezar sea el cuestionar el mismo concepto con que se ha querido globalizar dicho proceso.

HACIA UNA ALTERACION DE LO ALTERNATIVO

"Lo alternativo" en comunicación, medios, desarrollo, cultura, etc., es una noción muy problemática. Nombra tantos espacios, categorías, conceptos, actores, culturas, niveles, acciones, prácticas y definiciones, que resulta menos incómodo —que no más fácil— referirse a ello comenzando por lo que no es o no podría ser; que por lo que hoy es o pudiera llegar a ser. Por principio, "lo alternativo" no es ni puede llegar a ser una noción teórica; es, más bien, un tópico, un lugar común, que nos acompaña desde los años setenta. En ese sentido, ni siquiera es novedoso como adjetivo y, al contrario, ya está en mora de cederle el paso a conceptos más exigentes, que permitan aproximarse y discriminar con mayor claridad todos los objetos de análisis que encierra.

De otra parte, "lo alternativo" no es un concepto propio de la reflexión en comunicación, sino la desborda; y no se da únicamente en América Latina; "cae dentro de sus fronteras todo lo que se oponga, diferencie o simplemente zafe en sus apariencias de las fórmulas establecidas por el poder. (...) a la vez, esta amplitud de fronteras se combina con una multiplicidad de escalas de mediación; (...) bajo el mismo alero se yuxtaponen el código de una subcultura campesina, con la prensa de un movimiento revolucionario, con la

manifestación underground de una élite intelectual y con la marginalidad punk.(...) Lo que es una relatividad por excelencia se ha vuelto absoluto. Y ello dificulta no sólo la recuperación teórica de los elementos comunes encontrados en las experiencias que se abarcan, sino también y fundamentalmente dificulta la retroalimentación de la realidad que busca promover" (1). Por último, "lo alternativo", dada su misma diversidad, no es susceptible de sistematizarse y hacerse coherente, a no ser por un intento (fallido) de formalización y categorización difícilmente sustentable. Lo que sucede es que la noción es tan extensa que se hace necesario sectorizarla por lo menos para tratar de abarcarla de manera que se le den vías a la reflexión teórica sobre el papel de la comunicación en "lo alternativo".

Superado el período en que se intentó diferenciar conceptualmente lo marginal, de lo grupal, de lo horizontal, de lo participativo, etc., "lo alternativo" vino a comprenderlos y enmarcarlos en tanto dimensión más amplia, para finalmente abandonar también su pretensión inicial de convertirse en "la categoría de explicación" y asumir el más modesto, pero no menos importante papel de vocación y búsqueda de cambio, de estado de conciencia (posible) y de perspectiva ante la vida, dialectizado por su oposición a la dominación y caracterizado por su *sentido alterativo*. No obstante, en su interior se mantienen las posturas voluntaristas, activistas, pragmatistas y, paralelamente las idealistas, científicas, tecnicistas; por no decir que "lo alternativo" se ha ido convirtiendo a su vez en otro "ismo" y, por tanto, también existen las posturas alternativistas.

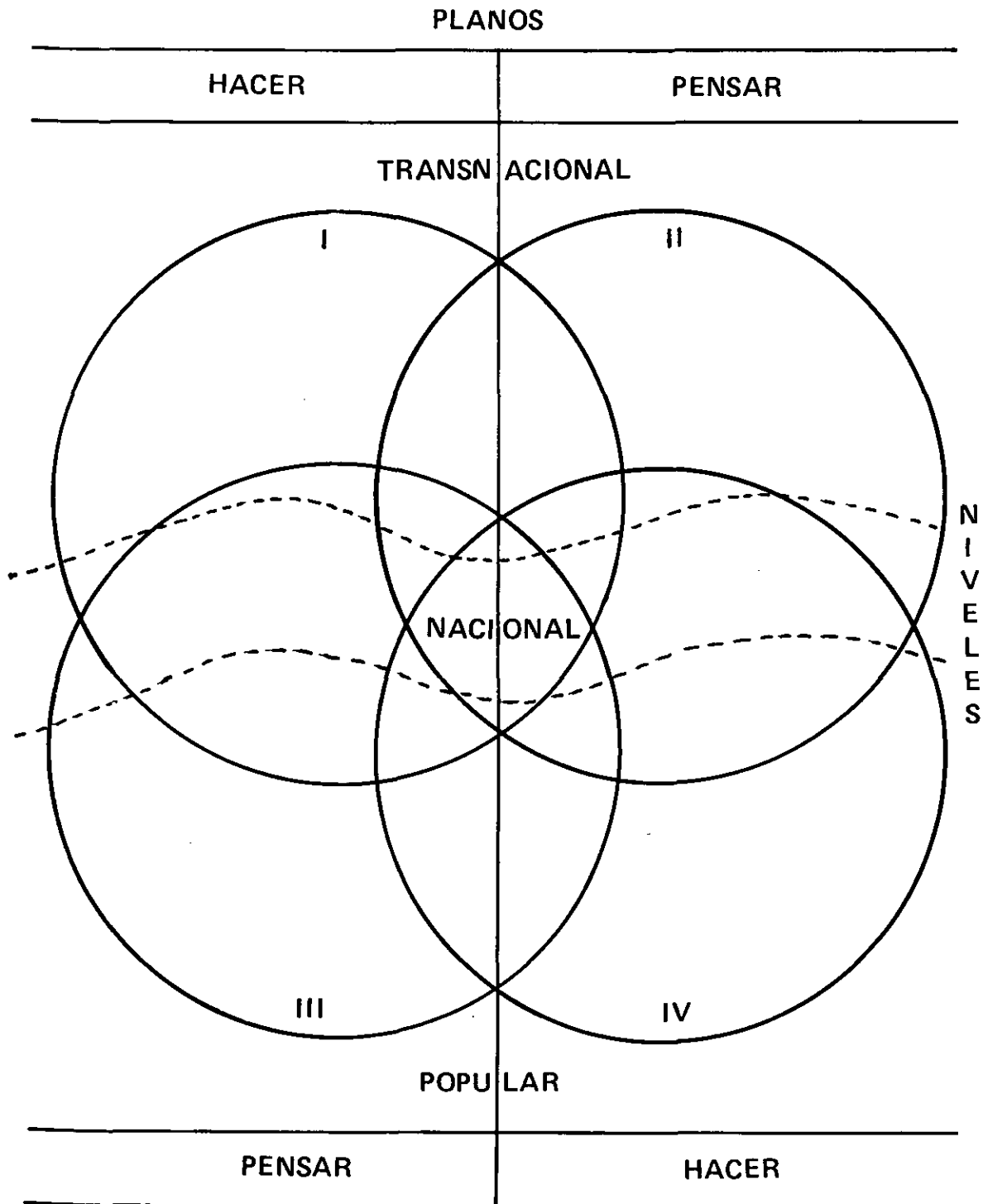
Ahora bien, dicho todo lo anterior, se comprende por qué razón no pretendemos explicar "lo alternativo" y muchos menos elaborar nuestra propia definición. Intentaremos, por la vía del análisis, dar cuenta de los Espacios y las Prácticas en donde se han movido las experiencias y la reflexión enmarcadas en "lo alternativo".

Entendemos los Espacios como los niveles en donde las Prácticas privilegian su acción denominándolos *lo transnacional y lo popular*, atravesados por un intranivel *nacional*. Y las Prácticas, como los planos *del hacer y del pensar*, sin que ello signifique que el estar separados escinda la Acción en la Reflexión de la Acción en la Experiencia.

Del entrecruzamiento de Espacios (niveles) y Prácticas (planos) resultan cuatro Núcleos temáticos: *El hacer en lo transnacional; el pensar en lo transnacional; el pensar en lo popular y el hacer en lo popular*. Núcleos Temáticos que, a nuestro parecer, han vertebrado esas experiencias y reflexión concebidas como "lo alternativo".

De esta manera dejamos introducidas las tres instancias del análisis:

- A. *Niveles*: Transnacional y popular. Relacionados por y en un *intranivel* nacional.
- B. *Planos*: Hacer y pensar.
- C. *Núcleos temáticos*: Resultado del entrecruzamiento de planos y niveles. De acuerdo con lo anterior obtenemos el siguiente esquema en donde se visualizan las instancias nombradas:



Tal como aparece en el cuadro estos cuatro núcleos temáticos no se encuentran aislados y separados el uno del otro, por el contrario, confluyen en diversos aspectos, pero principalmente en ese intranivel *nacional*. Lo nacional por su carácter "poliestatal", desempeña un valor ambivalente vinculándose conflictivamente tanto con lo transnacional como con lo popular. El término "poliestatal" nombra aquello que Mattelart llama el "Estado en todos sus estados" o Jesús Martín define como la "crisis de lo nacional" que, con carácter mundial, pero con rasgos propios en América Latina, desborda al Estado por arriba (la homogenización transnacional) y por abajo (la heterogeneidad cultural). Es por ello que lo consideramos como un intranivel.

A primera vista, esta categorización de instancias, niveles, planos y núcleos parecería ser una más y tautológica formalización de "lo alternativo", y podría pensarse que ya otros lo dijeron con términos como macro, meso y micro, que ya se habló de actores, de campos de influencia; y las objeciones podrían extenderse. Pero, insistimos, no entramos a definir ni a explicar "lo alternativo" porque lo desechamos como noción teórica explicativa convincente; más bien lo asumimos como ámbito de búsqueda y, aún así, susceptible de tenerle reservas.

Los términos y las denominaciones usadas hasta aquí tampoco están remitiendo a un concepto; por el contrario, en este momento, al decir popular, nacional, experiencia, etc. sólo se está nombrando la diversidad de acepciones, connotaciones, resemantizaciones y definiciones que cada uno de ellos ha sufrido.

En el trayecto de las búsquedas, algunos de esos términos seguramente desbordarán, si no es ya un hecho, el contexto desde el que la mayoría de Prácticas hoy se denominan "alternativas"; de ahí que situemos como ejes del análisis las instancias transnacional, nacional y popular bajo dos características que, tanto las experiencias como la reflexión comparten: un referente principal, *el cultural*, dado que desde las imbricaciones y definiciones particulares —a partir de algunos autores—, vemos en esas instancias *el momento más fecundo de la comprensión actual de la comunicación*. Y como segunda característica, un carácter definitorio, *el utópico* que en mayor o menor medida, en sentido negativo o positivo y no necesariamente homogéneo, plantea exigencias a una comunicación crítica y demanda el compromiso político de un comunicador, a causa de la tensión que establece entre una conciencia real y una posible.

LO TRANSNACIONAL: NIVEL, NUCLEO Y OBJETO DE IMPUGNACION

I. DEL HACER EN LO TRANSNACIONAL: La utopía y el caballo de Troya

El origen de lo que hoy se denomina *Políticas Nacionales de Comunicación* (PNC), puede situarse, en su forma incipiente, en 1970, bajo una resolución de la XVI Conferencia General de la UNESCO, al proponerse ayudar a los Estados miembros a formular sus *políticas relativas a los grandes medios de información*, después de dos décadas dedicadas al establecimiento de políticas educativas, científicas y culturales. Aunque, si se quiere ser preciso, cualquier Estado Nacional posee políticas de comunicación implícitas o explícitas, pues si no las establece el gobierno, las realiza en la práctica la empresa privada. Por lo tanto, el hecho de que UNESCO tratara las PNC tan sólo desde 1970 no implica que antes no hubiesen existido —y todavía se mantengan— políticas de comunicación, por lo general con un carácter parcial.

Precisamente, lo que diferencia y torna "alternativa" a una PNC frente a una política de comunicación en general, es que se trata de un concepto más comprensivo de una globalidad y provisto de un componente utópico, porque, de partida, no concibe la comunicación limitada a los "grandes medios de información", abarcando, por el contrario, un amplio espectro que va desde los sistemas de telecomunicación, pasando por la producción noticiosa y publicitaria, hasta las nuevas tecnologías y la investigación en comunicación. Debe aparecer, además, como un elemento estratégico de un proyecto político global encaminado a la construcción de una democracia real donde el gobierno no sea el actor único, sino unos consejos plurales y representativos, mediados y respaldados por el Estado.

Aquello, referido por supuesto al concepto, resume los planteamientos originados en América Latina que están en la base de los debates internacionales sobre PNC originados en UNESCO.

No obstante, debido a que su campo de acción ha sido internacional, es muy difícil, si no improbable, que ese componente utópico se concrete o manifieste. Y ello, a más de constituir una limitación de hecho, indica a las claras en dónde radica la dificultad para que la "alternatividad" de las PNC pueda fusionarse, conceptual y prácticamente, con la "alternatividad" de las experiencias y prácticas populares en comunicación.

El proceso histórico de las PNC (1970-1980) ha transcurrido entre un inagotable debate ideológico de intereses político-económicos opuestos, a tal punto que sus logros se han quedado casi siempre en las mesas de los foros en donde se ha conducido la discusión o traducidas en proyectos truncados o

recomendaciones suscritas pero nunca aplicadas. De manera que lo que se puede considerar exitoso es, en definitiva, de factura más teórico-conceptual que cualquiera otra.

Durante esa década, el enfrentamiento entre grupos y sectores —privado/ estatal, izquierda/derecha, países industriales/países del Tercer Mundo, etc.— ha conducido a diversos momentos dominados ya sea por una intención conciliadora o por un enfrentamiento abierto entre las partes. Pero es posible, al seguirle la pista al desarrollo de las PNC, establecer dos momentos principales para el análisis de un proceso en cambio constante que finalizará en un supuesto consenso definitivo al iniciarse los años 80.

El primer momento, que va de 1970 a 1975, involucra particularmente la actividad de grupos internacionales constituídos por países del llamado Tercer Mundo que confrontan su propia concepción del papel de la comunicación en la sociedad con la política prevaleciente en UNESCO, ejerciendo una presión constante que conseguirá hacer evolucionar la comprensión de las PNC hasta su caracterización "alternativa" en el marco del Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (NOMIC). Paralelamente en ese período se gestan y realizan tres prácticas estatales de políticas de comunicación en países latinoamericanos, cuyo carácter parcial y fracaso final les restan significación, pero que, a pesar de ello, manifiestan el liderazgo ejercido por América Latina en el desarrollo de la democratización de las comunicaciones al erigirse como centro de discusiones y experiencias en materia de políticas de comunicación y al ser escogida por UNESCO como base de importantes reuniones intergubernamentales.

Con la resolución de 1970, UNESCO comenzó a explorar los caminos conceptuales para la formulación de políticas de comunicación mediante consultas a expertos independientes. Con anterioridad a esa iniciativa, desde la década del 60, se estaban dando los primeros pasos en ese organismo para debatir aspectos relacionados con problemáticas comunicativas: La aparición de nuevas tecnologías —en especial el satélite— ya se estaba discutiendo en 1962. La promoción de investigaciones y estudios sobre el rol de la comunicación en una sociedad —con marcado acento sobre los medios masivos— fue objeto de reuniones, consultas y recomendaciones desde 1968, creándose en 1971 un Panel Internacional de Asesores en Investigación de la Comunicación. Cabe nombrar entre aquellos primeros consultores de UNESCO a Wilbur Schramm e Ithiel De Sola Pool, que elaboraron sus planteamientos sobre la creación de políticas de comunicación en el marco desarrollista de la teoría de la modernización.

En 1972, dos hechos señalan la dirección que irían tomando las discusiones relacionadas con las PNC. En América Latina, una reunión de cancilleres

del Pacto Andino señala su preocupación ante la evidencia de que "los mayores volúmenes de información internacional que circula entre nuestros países son procesados fuera de la subregión", mencionando así por primera vez en ese alto nivel político un fenómeno de dependencia tan grave pero desapercibido. A su vez, UNESCO cumpliendo con el encargo a su Director de "fomentar el desarrollo de las investigaciones en materia de comunicación, sobre todo en su aplicación a la formulación de las políticas de comunicación y a la elaboración de las estrategias y planes nacionales de comunicación al servicio del desarrollo" (XVII Conferencia General), convoca y realiza la Primera Reunión de Expertos sobre Políticas y Planeamiento de la Comunicación, en París, ese mismo año.

La presencia de Luis Ramiro Beltrán en UNESCO será decisiva en la influencia internacional de la iniciativa latinoamericana sobre formulación, ejecución, evaluación y ajuste de políticas de comunicación al servicio de un desarrollo no impuesto por un modelo vertical sino consultado democráticamente a las mayorías. La actuación del investigador boliviano permitirá que desde 1971 se vayan plasmando en los acuerdos y eventos internacionales algunos elementos que irán apuntalando el carácter global y utópico de las PNC dentro de esa incipiente perspectiva. A partir de la reunión de París, Beltrán se convertirá en un constante consultor y asesor de UNESCO sobre el tema.

Entre los años 73 y 75 el panorama internacional se va tornando cada vez más en campo de batalla dentro de organizaciones como UNESCO. Allí el centro del conflicto radica en una discusión acerca del flujo mundial de la información calificado como oligopólico, unidireccional y etnocéntrico por parte de la mayoría de representantes del Tercer Mundo; grupo en creciente fortalecimiento que terminará por transformar las relaciones de fuerza en el interior de los organismos internacionales, en un momento en que la crisis petrolera y el recrudecimiento de la confrontación Norte-Sur y Este-Oeste se reproduce políticamente en esos ambientes.

La aparición del Grupo de Países No Alineados en el debate comunicativo será decisiva en la implementación del NOMIC. La Tercera Conferencia de Jefes de Estado de este grupo, realizada en Argel en 1973 y la Conferencia de Ministros de Relaciones Exteriores de Países No Alineados, llevada a cabo en Lima en 1975, generarán un buen número de exigencias relacionadas con aspectos de la comunicación, tales como la urgencia de acciones concertadas entre países subdesarrollados para contrarrestar un flujo de información que obstaculiza las comunicaciones libres, directas y rápidas entre estos países, y la creación de un pool de agencias de prensa del Tercer Mundo para actuar en ese sentido, que llevarán finalmente a considerar como un requerimiento imprescindible para establecer un Nuevo Orden Económico

Internacional, la creación de una nueva estructura mundial de la Información y la Comunicación; planteamiento elaborado en las reuniones de Nueva Delhi y Túnez, en 1976, y ratificado definitivamente en la V Reunión Cumbre de No Alineados, efectuada en Colombo (Sri Lanka) ese mismo año. Por su parte, UNESCO encarga a Beltrán la organización y coordinación de la Reunión de Expertos sobre Políticas de Comunicación en América Latina, para realizarse en Colombia en 1974. En el documento básico de trabajo, preparado por él para tal efecto, ya se encuentran presentes el carácter global y utópico del concepto de PNC: "Una Política Nacional de Comunicación es un conjunto integrado, explícito y duradero de políticas parciales de comunicación armonizadas en un cuerpo coherente de principios y normas dirigidos a guiar la conducta de las instituciones especializadas en el manejo del proceso general de comunicación de un país". La Reunión de Expertos se efectuó en Bogotá, fundamentada en la definición y determinación de funciones, elementos y prioridades de las PNC, elaborados por Beltrán, y, particularmente, en su cuestionamiento crítico de la relación política entre comunicación y desarrollo, y produjo un Informe Final que sufrió una súbita desaparición como material preparatorio de la Conferencia de Ministros prevista para 1976, a pesar de que al año siguiente, 1975, la Reunión de Expertos sobre intercambio de noticias en América Latina, realizada en Quito con el auspicio de UNESCO, hubiese ratificado los planteamientos de la reunión de Bogotá y propuesto crear una agencia latinoamericana de noticias complementada con el establecimiento de agencias nacionales en cada país.

La desaparición del Informe de Bogotá se explica, sin embargo, si se tiene en cuenta el alcance de algunos de sus planteamientos: "No puede haber desarrollo sin cambio social ni participación popular". "Aquellos gobiernos interesados en realizar una reglamentación de los sistemas de comunicación de sus países han encontrado fuerte resistencia por parte de los empresarios privados que han visto ponerse en juego sus intereses económicos y políticos". El Informe explicitaba, a la vez, la falaz homologación entre libertad de expresión y libertad de empresa, asumiendo que la información debería ser un servicio público con arreglo a asegurar la indispensable participación popular frente a las necesidades colectivas de las mayorías marginadas. De forma tal que la formulación y ejecución de las PNC exigiría la participación de todos los sectores sociales, incluyendo el privado, bajo la responsabilidad del Estado (2).

Y esa bomba de tiempo, activada por la más caracterizada utopía negativa, habría de estallar en el marco de la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de Comunicación en América Latina y el Caribe, llevada a cabo en 1976 en Costa Rica, precedida por algunas coyunturas que contribuyeron al proceso de radicalización progresiva que se venía acelerando entre los miembros de UNESCO.

Pero este período no sólo presenta un Hacer limitado a las organizaciones internacionales. Los años setenta también ven nacer tres experiencias parciales de políticas de comunicación llevadas a cabo por gobiernos de Chile, Venezuela y Perú. Limitadas y fracasadas, si se quiere, pero con un valor considerable por el hecho de constituir manifestaciones concretas del papel pionero de América Latina en la realización de políticas democratizadoras de la comunicación.

Chile inauguró el proceso en 1970, cuando el gobierno de la Unidad Popular distribuyó el control de unos pocos medios en prensa y televisión entre algunos sectores populares. Sin embargo, la existencia de una legislación destinada a limitar el uso de medios con fines socializantes, que surgió al finalizar el gobierno Demócrata Cristiano de Frei, sólo le permitió a Allende el uso de resquicios legales para introducir modificaciones menores en el control de los medios, de manera que la política comunicativa nunca fructificó, agravada por la miopía de los sectores de izquierda para concebir seriamente la construcción de un proyecto político para la planificación comunicativa global.

En 1974, Venezuela, país líder en formulación y ejecución de PNC, bajo el gobierno de Carlos Andrés Pérez, creó la Comisión Nacional de Cultura (CONAC) para diseñar políticas de producción, difusión y conservación cultural. La subcomisión de radio y televisión produjo el Proyecto RATELVE, en 1975, para implementar un *régimen mixto auténtico* que ofreciera al país una alternativa de selección entre servicios competitivos privados y servicios complementarios públicos. Pero la presión del sector privado y el boicoteo generado en contra del Proyecto de Ley lo convirtieron finalmente en un documento sin efectos prácticos de consideración.

Por último, el gobierno revolucionario de la Fuerza Armada del Perú se propuso, en 1974, un proceso de transformación de las estructuras económicas, políticas, sociales y culturales, contemplando, entre otras, la reforma del régimen de propiedad de la prensa y la promoción de la participación popular en el manejo del Estado. Tras un año de acciones, truncado por el derrocamiento del gobierno, quedó en claro que el cambio de propietarios de los medios no era la panacea contra los vicios comunicativos, pues los diarios expropiados se limitaron a reproducir los esquemas de poder establecidos y a ejercer un periodismo gubernamental inocuo.

Así pues, con todo ese cúmulo de "victorias morales", aparece 1976 como un corte en el proceso, marcando el inicio de un segundo momento en la evolución de las Políticas Nacionales de Comunicación.

Este año a nivel mundial dos hechos establecen la confluencia del debate

comunicativo; La quinta cumbre de países No Alineados en Colombo (Sri Lanka) y la XIX sesión de la Conferencia General de la UNESCO reunida en Nairobi (Kenia). Y a nivel latinoamericano la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Nacionales de Comunicación para América Latina y el Caribe es celebrada finalmente en Costa Rica tras un aplazamiento de un año y cambio de sede sucesivos, debidos a la impresionante campaña internacional generada por la Sociedad Interamericana de Prensa —SIP—, la Asociación Interamericana de Radiodifusión —AIR— y las agencias transnacionales de noticias, para evitar su realización.

Efectuada la Conferencia, se resolvió ésta en el constante estilo de la confrontación internacional: ambiguo, disperso y difuso; y se constituyó finalmente en lo que se llama una "victoria pírrica". Pudo llevarse a cabo a pesar de la beligerante campaña en su contra, elaboró planteamientos teóricos en lo referente al papel de las políticas y de la comunicación en la sociedad, formuló planes de integración latinoamericana, planteó la creación de una agencia de noticias de la región, y logró llevar al debate internacional las Políticas Nacionales de Comunicación y situarlas en el contexto más amplio y universal del NOMIC —que llegaría a ser el objeto central de la labor de UNESCO— aunque este hecho terminara por desactivar su "alternatividad", comprometiéndose con el "paquete" tercermundista donde, parafraseando a Capriles, las cosas suceden como si no fuesen sino una interminable discusión, una moratoria infinita de la transformación real, una burla o triquiñuela del poder... y, más aún, donde "lo nacional" acaba siendo un polifacético comodín que transcurre paralelo y marginal a los procesos históricos que ya lo han desbordado.

Por otro lado, muy pocas de sus recomendaciones precisaron mecanismos concretos al haberseles dado un tratamiento abstracto y universalista, a la vez que se diluyeron debilitadas por las campañas en su contra. Como lo anotara Luis Gonzaga Motta (3), el efecto práctico de la Conferencia fue casi nulo ya que muy pocos gobiernos intentaron llevar a la práctica lo que ellos mismos habían aprobado; las escasas experiencias de democratización no prosperaron debido a las diversas presiones y, lo que es peor, las treinta recomendaciones fueron finalmente a favorecer a algunos gobiernos autoritarios, eficientes en el control de los sistemas nacionales de comunicación y en el uso de los mismos para la persuasión y la propaganda política.

Esta situación originó, además, un malestar entre los investigadores de la comunicación que trabajaban en este campo, debido a la dificultad que representaba el ofrecer un modelo que superara la organización comercial de los procesos de comunicación masiva y el poder allí acumulado sin rendirse a un estatismo difícil de defender y peligroso en una formación social que no ha logrado darse las bases para una reordenación de sus estruc-

turas económicas y políticas y en las que el Estado es una excrecencia de la distribución del ingreso hacia las clases dominantes, tal como lo hiciera evidente Oswaldo Capriles (4).

En 1976, habíamos mencionado, dos reuniones internacionales se vinculan en el debate de la comunicación. En Colombo, los No Alineados relacionan directamente la necesidad de un Nuevo Orden Informativo como parte integrante del Nuevo Orden Económico Internacional. Reaccionando a esta propuesta, unos meses más tarde se produce la respuesta de los países industrializados ante los "pasos gigantes" de la iniciativa "tercermundista". En la Conferencia General de UNESCO en Nairobi, proponen la creación de una Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de la Comunicación. Constituida por 16 miembros, presidida por el abogado y político Sean McBride y trabajando durante dos años (1977-1979) con el objetivo de "examinar la totalidad de los problemas de la comunicación", dio origen al conocido Informe McBride (5).

Tal como lo anotará Gabriel García Márquez, uno de los miembros de la Comisión, en las diversas reuniones "unos y otros parecíamos convencidos de la urgencia de democratizar la información pero era evidente que alrededor de la mesa había dieciseis maneras distintas de entender la democracia" (6). Y cosa parecida tuvo que suceder con el concepto de comunicación; pero, como se trata de un documento negociado es meritorio el hecho de que el consenso del grupo abordara elementos y temáticas normalmente excluidas de las discusiones internacionales: dominación cultural, manipulación y poder informativo, el significado de la transnacionalización, los peligros de la informática, los diversos roles negativos de la publicidad, la comercialización alternativa y otros; aunque haciéndolo de una manera incoherente y asistemática. Y al ser un documento negociado no será posible leerlo en términos de una profundización "científica" en el conocimiento de los problemas de la comunicación en las sociedades modernas. Además, el consenso lleva tras de sí una carga de cosmovisiones opuestas y excluyentes que no permiten elaborar conceptos unificados porque involucran no sólo una definición teórica sino la manifestación política que necesariamente está presente en la problemática. En esa medida, el Informe tiene que mirarse bajo la perspectiva de su carácter abstracto y universalista, de manera que sus límites generales, aparentemente fruto de ese consenso, mantienen el carácter polisémico de los términos tratados, como producto de una Comisión cuyos miembros fueron convocados a título personal, sin representación gubernamental, con concepciones políticas, culturales, ideológicas y sociales disímiles, y sin "reflejar necesariamente la posición de UNESCO".

Juan Somavía, el otro miembro latinoamericano de la Comisión, al disertar sobre las perspectivas del Informe, identificó cuatro aspectos centrales, que

estudiados desde el contexto histórico en que éste se produjo, abrieron nuevos y más claros focos para el análisis. El primero señala que no hay modelos universales de comunicación dada la diversidad nacional, política, cultural, de desarrollo, étnica, religiosa, etc...; pero sí hay problemas de carácter general como el poder producido por la posesión y el control de la comunicación, su influencia en la sociedad, la desigualdad entre grupos y clases y la dominación política entre países. La segunda se refiere al hecho que, si bien el flujo informativo constituyó el origen de todo el debate internacional, hoy es una perspectiva incompleta para abordar la problemática comunicativa, siendo así que la comunicación se vincula en el presente como un *instrumento eje en la manera como la economía mundial se está organizando*; como una viga maestra que define el perfil de cada sociedad. En tercer lugar, a partir del planteamiento de esa globalidad comunicativa, el ámbito internacional y el nacional aparecen necesariamente vinculados con la cuestión de las *estructuras de poder* tanto en sus dimensiones internacionales, como en sus expresiones y raíces nacionales.

Por último, al reconocer el problema del poder, surge como necesidad la *democratización de las comunicaciones*, respetando la diversidad —por las características y sistemas sociales propios de cada sociedad— de formas concretas que puede asumir la democracia. De cualquier manera, ese proceso de democratización es sentido como una necesidad mundial que se manifiesta en aspectos como el afirmar las libertades y los derechos humanos, el reconocer que el ejercicio de estas libertades es limitado por estructuras nacionales e internacionales de concentración y monopolio de las comunicaciones que obstruyen, a su vez, el acceso y la participación de muchos actores sociales; de ahí la necesidad de que se gesten instrumentos de comunicación alternativa como manera de contrarrestar el monopolio social de la comunicación y jugar con el elemento fundamental en el proceso de democratización cual es el de la diversidad y el pluralismo.

El Informe, además del diagnóstico general, propuso cambios de estructuras y dejó espacios libres para la creatividad en los cambios requeridos. Y respondió a la lógica de que dentro de las Naciones Unidas no se vive ni en la conciliación permanente ni en la confrontación absoluta, de ahí que, como lo señala Somavía, el documento tendrá lecturas distintas en lugares distintos ya que, por ejemplo, la democratización en América Latina no significa lo mismo que en Estados Unidos y sin embargo, es necesaria en ambas partes (7).

Así, el Informe, no abre ni cierra el debate, pero sí es una referencia coyuntural frente al proceso histórico de su génesis. Explicita formalmente la problemática comunicativa que durante años constituyó el objeto del "Tercer Mundo" al involucrarse en el debate internacional en UNESCO: la lucha por la democratización y el desarrollo social. Y lo hace bajo el consenso para implantar el Nuevo Orden del cual se constituye en propuesta "hacia un

nuevo orden mundial más justo y eficaz de la información y de la comunicación", frase que lleva como antetítulo la publicación de la edición española. Formalmente, en la XX Conferencia General de la UNESCO en París en 1978, llegan a ponerse de acuerdo países socialistas, capitalistas y "tercermundistas" al ser aprobada (69 votos a favor y 12 abstenciones) la Declaración de Principios Fundamentales sobre los Medios Masivos y su resolución para instaurar un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación.

Dos importantes reuniones de UNESCO (noviembre de 1979 y abril de 1980) en este nuevo período llamado de conciliación, aprueban las bases de un programa especial para el *desarrollo en la infraestructura en comunicaciones* de los países del Tercer Mundo y la *asistencia técnica* correspondiente. Lo que muestra un ambiente de voluntad de consenso para poner en marcha el NOMIC.

Todo esto es sin duda alguna un logro de los países del "Tercer Mundo" empeñados en llevar la discusión de estos asuntos hasta los foros internacionales; pero también ha sido un logro de los países industrializados —incluyendo en algunos sentidos a la Unión Soviética— y en particular los occidentales que, encabezados por Estados Unidos, sacaron de entre la manga la carta de la nueva estrategia, manifiesta implícitamente en el Informe de la Comisión McBride: La propuesta de transferencia masiva de tecnología barata como una especie de nuevo Plan Marshall pero de las telecomunicaciones. Propuesta que, combinando el uso de medios tradicionales no masivos con los propios de las nuevas tecnologías, sugiere en esa mezcla la nueva posibilidad de desarrollo a partir de *políticas de comunicación*. "Así por ejemplo, unos medios, tanto modernos como clásicos, tan variados como las *redes de teledistribución*, las emisoras locales de radio y de televisión, la prensa local rural, la prensa de fábrica o las *aplicaciones de la informática* pueden permitir, mediante un acceso fácil, una participación de la vida cotidiana y local, superando la distribución centralizada de la información" (8).

En este simple párrafo se sintetizan los contenidos del "caballo de Troya" que el sistema transnacional de poder introdujo en UNESCO el aceptar la implantación del Nuevo Orden y sacar a la luz el informe final de la Comisión McBride; tal como la historia griega, el ingreso del caballo produjo a su alrededor una fiesta que mantuvo felices a los troyanos... hasta el momento en que salieron los soldados de su interior. No puede ser una simple coincidencia editorial el hecho de que en 1980, a la vez que se publicaba en Informe McBride en todos los idiomas, también hicieran su entrada los profetas de la informatización Alvin Toffler y Juan Jacques Servan-Schreiber con sus respectivos títulos: *La Tercera Ola* y *El Desafío Mundial*. Por el contrario, el hecho manifiesta el carácter más general que asume el poder

remozado. El Nuevo Orden conlleva una "nueva orden", "*Transnacionalícese usted mismo*": Como un contrasentido, plantea Mattelart, la hegemonía homogeniza al descentralizarse; "*Si no se informatizan mueren*". O se dá el salto de la etapa industrial, o no habrá otra salida, parecen decir "los profetas de la informatización". "Y una vez más en nombre de otros dioses no menos interesados que los antiguos —el capital en crisis necesita urgente y vitalmente 'descentralizar' el consumo informático— nos vemos obligados a dejarnos civilizar, modernizar, idejarnos salvar!. Sólo que esta vez la modernización nos hará entrar (¿Al fin?) en ese proceso definitivo, el de la simulación generalizada que la informatización implica como nuevo 'equivalente general', como nuevo valor tanto de la economía política como de la economía cultural" (9).

De las dieciseis concepciones de democracia que había en la Comisión, prevaleció una sola; aquella que, recurriendo a una teoría de la comunicación "alternativa" desprovista de su vocación "alterativa", tomó la parte por el todo, asumió que "lo alternativo" eran los medios de comunicación y no el proyecto político que lo sustenta, concibió la unión de estos medios con los provenientes de las nuevas tecnologías informáticas, los juntó y les atribuyó aptitudes para ser utilizados al servicio del "desarrollo", y, finalmente, como un demiurgo, las mostró al mundo en forma de un "nuevo modelo de desarrollo".

Pasado el ambiente de fiesta que rodeó la aparición del Informe McBride, y su propuesta de una PNC democratizadora, las lecturas precavidas indican, tal como lo sugiere María Cristina Mata, cómo encerrados en el mundo de la comunicación, los miembros de la Comisión olvidaron decir que esa propuesta exige algo más que programas y medios de comunicación particulares, aún reconociendo la importancia que el informe confiere a las comunicaciones grupales, de sustitución o alternativas, y que a partir de las prácticas que llevan adelante los sectores populares latinoamericanos es posible afirmar que lo que el informe legitima es una comunicación alternativa a nivel tecnológico y formal vaciada del contenido político y por ello transformador, —creador de una nueva realidad— que es lo definitorio de las prácticas de comunicación popular que se desarrollan en nuestro continente; por grandes que sean sus limitaciones. Así pues, no se trata de una democracia real que se exprese en todos los medios, bajo todas las formas de relaciones sociales; se trata de propiciar espacios "democráticos" y "participatorios", que tornen llevadero, por así decirlo, el autoritarismo, la marginación del poder real por parte de las mayorías (10).

Indudablemente, la crítica frente al Nuevo Orden y su concepto de democratización no constituye, ni podría hacerlo, una involución hasta las visiones apocalípticas del poder propias de los tempranos setentas. Tras

una década de ingentes esfuerzos, debates violentos, marchas y contramarchas, avanzadas y retiradas, el ingreso a los años ochenta pareció ser la muestra más palpable de que la utopía estaba en camino de universalizarse, que el consenso no era frágil y, por tanto, la conquista del Nuevo Orden por parte del bloque "tercermundista" era un logro concreto hacia la transformación.

Pero la irracionalidad del poder que, paradójicamente, constituye la lógica del sistema, ha podido más que los esfuerzos conjuntos de tantos políticos, analistas e investigadores que lucharon y continúan luchando por los derechos y libertades, por la democratización y por el orden nuevo.

Los años ochentas, al decir de Jesús Martín, se inician con un claro reflujo de la utopía revolucionaria, pero, a la vez, con un marcado retorno de las fuerzas conservadoras. En todos los órdenes sociales se va estrechando la articulación de la comunicación con el creciente reordenamiento económico-político; es la década de la "sociedad informatizada" que ya se configura en la ofensiva de las nuevas tecnologías, obligando a replantear la perspectiva desde donde la investigación estaba mirando la problemática comunicativa. "No pocos empiezan a sentir la confusión. Los campos de lucha no están ya tan deslindados como hace algunos años. Y en muchas ocasiones no está nada claro el sentido, es decir, al servicio de quién o de qué se está trabajando. La época de las grandes denuncias —siempre necesarias— parece dejar el paso a un trabajo más oscuro, pero no menos arriesgado y difícil: La lucha contra un neopositivismo ambiente que vuelve a oponer, ahora más ladina y sofisticadamente el trabajo científico al trabajo político. Y todo ello abonado por el desencanto, la división y la confusión que mina a las diferentes izquierdas" (11).

La esquizofrenia parece ser la única certeza del trabajo en investigación y, al mismo tiempo, la característica de la realidad que se está viviendo. Esquizofrenia de la investigación porque se escinden objeto y método; se parcela el enfoque y el mismo proceso de comunicación; se dividen y se oponen "teoría" y "práctica"; se trabaja con una visión dualista de la dominación, del poder que se piensa unidireccional y sin contradicciones; se separa, en fin, el trabajo en sectores populares de sus vinculaciones con la transnacionalización creciente y viceversa. Y esquizofrenia de la realidad porque, internacionalmente, la nueva división del trabajo ha ido diferenciando las posibilidades económicas de los países del Tercer Mundo modificando su relación con los países centrales.

Si, de partida, la noción de "Tercer Mundo" ya era bastante artificial, históricamente, los procesos llevan a que el poder transnacional adaptado a las nuevas demandas, genere respuestas distintas entre el "paquete tercermun-

dista", rompiendo su aparente consolidación y propiciando divisiones políticas entre estos países, surgidas, como plantea Mattelart, de las diferentes concepciones que cada uno tiene de la participación de los sectores sociales en el desarrollo de la sociedad.

Pero, aún nombrar "desarrollo" es nombrar esa esquizofrenia que, mirada únicamente en Latinoamérica, se puede palpar entre doscientos millones de seres humanos que viven en la pobreza y entre los cuales ciento diez millones la viven en un grado extremo, mientras sus gobiernos —la mayoría democráticos— mantienen una testaruda esperanza en la industrialización y el crecimiento económico, si no se han embarcado ya en la "panacea informática" montando uno tras otro sus planes y programas de desarrollo sobre la legitimidad populista de la "nacionalidad" y de la "identidad", de espaldas a los procesos históricos y las realidades que ya desbordan y diluyen esos conceptos geopolíticos. Y todo ello tras casi cuarenta años de historia del "modelo de desarrollo", veinte de los cuales se han recorrido en la "vía del desarrollo" y en permanente etapa de "despegue", sin nombrar el hecho de que la "incapacidad civil" para establecer un marco normativo común y llevar a cabo efectivamente los planes de desarrollo, le ha dado alas a la idea de las "democracias ingobernables", abriendo así la puerta a una "doctrina de la seguridad nacional y hemisférica", que, mediante formas coercitivas de dominación pretende salvar la situación imponiendo "democracias restringidas". Mientras tanto, el mundo industrial, aún a pesar del "caballo de Troya" que introdujo en el NOMIC, interpreta la urgencia de la democratización como opuesta a las ideas de la libertad individual, los derechos humanos y el libre mercado.

Y esquizofrénica es también la pugna soviético-norteamericana por el poder, que en su locura armamentista se juega la suerte de todo el planeta. Una suerte que, de no cambiar las actuales estructuras, estará echada desde ahora para los continentes asiático, africano y latinoamericano, en términos de que es la misma muerte ya se trate de la que producen el hambre y la miseria o la que genera una contaminación por explosiones nucleares. En los últimos días de diciembre de 1983, en escuetos términos, las agencias de noticias informaban el anuncio del retiro de los Estados Unidos de UNESCO, causado por tres razones básicas: La politización de sus programas, resoluciones y debates, que ha transformado a la institución en un "foro de críticas del Tercer Mundo contra las democracias occidentales y los Estados Unidos en particular", lo que, a su vez, se constituye en una "tendencia anti-occidental" hostil a las instituciones de mercado y prensa libre. Por último, el mal manejo del presupuesto hacer que Estados Unidos se oponga a un aumento para 1984.

Este país condicionaba su retiro a que se establecieran sustanciales reformas en el organismo, y ello supondría que UNESCO abandonara el debate sobre

democratización, archivando así, las actividades del sector Comunicación-Cultura, justo cuando se introducían en la discusión los problemas surgidos con la informática y las nuevas tecnologías.

El retiro se ha hecho efectivo, y al realizarlo Estados Unidos le han seguido Gran Bretaña y posiblemente Alemania Federal. Se ha puesto fin en esta forma al conducto natural y al foro más importante que poseían los países del "Tercer Mundo" para debatir la problemática democratización de la Comunicación. Y si de hecho UNESCO ya poseía la peor mala prensa por parte de la mayoría de las agencias internacionales, ahora, sin la presencia de Estados Unidos, es muy posible que se desautoricen o desatiendan todas sus resoluciones.

Y todo esto en un momento en que el modelo transnacional en expansión apoyado en las nuevas tecnologías, se encuentra en un proceso de reordenamiento de la economía mundial a partir del modelo "telemático" de una nueva economía cultural. "La implantación de los sistemas globales de comunicación e información constituye ya un hecho real en América Latina. Nuevas tecnologías están penetrando a través de formas múltiples; a veces mediante las sutilezas del mercado que se dirige a los individuos; otras, a partir de reestructuraciones globales que abarcan los Estados y sus instituciones y, en un sentido más amplio, la totalidad de la trama social (...). Los nuevos sistemas de comunicación e información situados en la intersección de la informática, las telecomunicaciones y los medios audiovisuales, son sistemas complejos e interconectados (...). La presencia de la información es dominante en campos amplísimos que van desde los procesos productivos económicos hasta los mecanismos de regulación social. Más aún, la información se transforma en un elemento básico del reordenamiento de los aparatos políticos, económicos, culturales y militares de casi todas las formaciones sociales existentes" (12).

El *hacer en lo transnacional*, cuyo panorama siempre es sombrío se oscurece ahora indefinidamente. Ante el impase de un Nuevo Orden que aparece reducido a una "nueva orden", el "optimismo de la inteligencia" debe trasladarse de nuevo al lugar de la voluntad; y, ante la coyuntura, retomar la pregunta por la "alternatividad" pero esta vez en el ámbito irreversible de las nuevas tecnologías y desde la perspectiva desapasionada del "pesimismo en el pensar".

II. DEL PENSAR EN LO TRANSNACIONAL

Del orden nuevo a la nueva orden

La reflexión crítica sobre la *transnacionalización de la producción cultural* se inició en Europa con los teóricos de la Escuela de Frankfurt Teodoro

Adorno y Max Horkheimer, quienes en 1947 produjeron el concepto de *Industria Cultural* para explicar el papel de los medios masivos en la sociedad. Posteriormente, en 1969, otro alemán, Hans Magnus Enzensberger, acuñaría el término de *Industria de la conciencia* en el contexto de una diatriba contra las izquierdas inertes ante los medios electrónicos y sus potencialidades revolucionarias. Eran las incipientes referencias de un fenómeno que se iría evidenciando como la característica esencial del reordenamiento global originado en occidente como un "nuevo modelo de desarrollo" basado en tecnologías informáticas y una nueva economía cultural transnacional. Un futuro que ya se ha hecho presente y cuya génesis se sitúa en la década del 70, manifestándose a lo largo de estos años en diversos procesos históricos que podrían localizarse en dos procesos principales: el *autoritarismo* y la *informatización* como rasgos crecientes de la reestructuración general que impone la nueva orden del poder emergente. Esto es, una novedosa salida para una crisis del capitalismo que durante los años sesenta había visto tambalear muchos estamentos de su organización social.

El nuevo contexto, vislumbrado por la crítica de los filósofos de Frankfurt, también iba desarrollando su propia reflexión en norteamérica. En uno y otro lado comienza a mirarse en la misma dirección y se van entreabriendo los senderos del *pensar en lo transnacional*. Es el período histórico que va de la tecnotrónica a la telemática el que cubren esos dos procesos.

Era tecnotrónica: Hacia una sociedad informativa

En 1970, Zbigniew Brzezinski, asesor del presidente norteamericano James Carter, publicó un libro titulado "La Era Tecnotrónica", planteando la posibilidad de que una "revolución científico-tecnológica" condujera a los países menos avanzados a imitar a los más avanzados, generando la exportación de técnicas, prácticas y métodos novedosos de organización social por parte de los países avanzados hacia los menos avanzados. Los nuevos sistemas de comunicación, escribió Brzezinski, están llamados a elaborar una nueva conciencia planetaria que supera culturas firmemente enraizadas, religiones tradicionales sólidamente establecidas e identidades nacionales bien distintas (13).

Esta propuesta formal de construcción del ideal macluhaniano de una Aldea Global, concebida sobre la base de la unión entre tecnología y electrónica: Tecnotrónica, para reducir todas las diferencias sociales, fue completada, hacia 1974, por un grupo de investigadores de la Universidad de Stanford con el concepto de *Industria de la Información*. Esa noción ya comprendía cómo, para esa época, tal industria ya ocupaba un 50% de la población activa norteamericana, habiéndose convertido en la locomotora del capitalismo avanzado hasta comenzar a dictar su crecimiento y desarrollo y llegar a configurar una nueva *sociedad informativa*.

Estos planteamientos vendrían a ser el reconocimiento explícito de que la información concebida como bancos de datos, sectores culturales y procesos de transmisión de conocimientos, representa un factor de poder esencial, una posibilidad de control social mediante transferencia de tecnología pero nunca de ese "know how" que es también un "know why".

Un concepto como el de "industria de la información", concebido apenas comenzada la década del 70, es verdaderamente revelador frente a la concepción de "información" que por entonces se comenzaba a manejar críticamente en América Latina, restringido a la perspectiva del flujo noticioso transnacional. Únicamente aparecía en el panorama de la región un texto de Mattelart, realizado como investigación a pedido de Allende en Chile durante 1972. Se tituló "Agresión desde el espacio: Cultura y Napalm en la era de los satélites", y se aproximaba a las posibilidades mucho más amplias del concepto. Pero, a excepción de aquella, la generalidad de referencias latinoamericanas a la "información" se mantuvo en el carácter noticioso, y en esa forma simplificada se introdujo en los debates de UNESCO, donde por casi diez años todas las discusiones alrededor del tema de PNC y NOMIC se limitaron a discutir el "desequilibrio en el flujo informativo" y a proponer la "creación de agencias noticiosas nacionales y regionales", y solo apenas llegados los años 80, con el Informe McBride y algunas reuniones, se comenzara a hablar generalizadamente de nuevas tecnologías y aspectos culturales.

Ese desfase sorprendente tuvo seguramente que ver con la "manera fácil" como se introdujo la propuesta de transferencia tecnológica y el uso de tecnologías tradicionales y modernas para propiciar la democratización, tanto en el Informe McBride como en las discusiones del NOMIC.

Pero si en 1974 ya se concebía la sociedad informativa, también empezaba a comprenderse en forma temprana el tipo de reorganización global que esta sociedad implicaría. En 1973, David Rockefeller —presidente del Chase Manhattan Bank— intentando buscar salidas a la crisis del capitalismo agravada por el conflicto petrolero, organiza un grupo de ciudadanos privados europeos, japoneses y norteamericanos, entre políticos, intelectuales y directores de empresa hasta un número de doscientos que se denominó "Comisión Trilateral". En 1975 este grupo publicó un informe titulado "The crisis of democracy. Report on the governability of democracies to the Trilateral Commission".

Entre las recomendaciones elaboradas por esta curiosa comisión de los sectores privados de occidente, se encuentran algunas particularmente explícitas: "Cuanto más democrático es un sistema, más se expone a las amenazas intrínsecas (...) Hemos llegado a reconocer que hay límites potencialmente

deseables para el crecimiento económico, así como hay límites potencialmente deseables para la extensión indefinida de la democracia política (...) La doctrina liberal de la información ha provocado abusos cometidos en nombre de la libertad de prensa, provocando actitudes desfavorables hacia las instituciones (...) Específicamente se debe asegurar que el gobierno tenga el derecho y la posibilidad práctica de retener la información en su fuente" (14).

De nuevo la referencia a la "información" se vincula con la organización social, haciéndose manifiesto cómo la superación de las crisis del capitalismo mantiene como eje, a pesar de profundas contradicciones, el aumento de las restricciones, del autoritarismo. Primero fue la Intervención Estatal, durante el final del siglo XIX, que derogó el "laissez faire". Ahora, la "ingobernabilidad de la democracia" aparece como una reforma restrictiva que genera las condiciones para la implantación del Estado autoritario.

Es, pues, la lógica de ese proyecto de reorganización social, manifestada en necesidades como las que explicita la Comisión Trilateral, la que permite vincular algunos procesos históricos en un solo contexto y carácter: el de la paradójica "democracia restringida" cuyo modelo autoritario articulado a los procesos de informatización irá configurando la "nueva orden" del reordenamiento mundial.

Estado y estados de excepción

Es claro que nombrar "autoritarismo" no remite únicamente a regímenes de derecha; también ha sido una condición histórica del ejercicio del poder en la izquierda, y de hecho la confrontación bélica entre las potencias está signada por ese carácter de uno y otro lado, en forma de *intervencionismo*, ejercido siempre con la prepotencia de los grandes, inventando sus propios patios traseros y delanteros; y negando o dándole la espalda a la historia, hasta reducir todos los conflictos sociopolíticos —tan propios de cada pueblo— al plano de su propia contienda irracional. No puede haber, por tanto, buenas intervenciones. A la vez, no hay buenos autoritarismos cuando se está pensando en la democracia; si un proceso histórico se profundiza hasta la guerra civil tendrá que superar autoritarismos para acceder a un Estado democrático que no es posible imponer sino construir, que no permite ser informado sino com-formado. Pero es justamente allí donde se introduce el esquema transnacional, ya sea para prolongar la guerra hasta sofocar el levantamiento en "su patio" o para institucionalizar el autoritarismo antes que pueda producirse ese levantamiento.

El autoritarismo deviene condición necesaria para superar la crisis mediante una base proporcionada por la "democracia restringida". Sin embargo, en

América Latina se introdujo como Estado de excepción desde finales de los años 60, llegando a establecer un régimen del terror durante los 70 en todo el llamado "cono sur" del continente. Allí surgen las primeras investigaciones sobre los regímenes autoritarios latinoamericanos como análisis de la "Doctrina de la Seguridad Nacional y Hemisférica". Afinada en Brasil pero hundiéndose sus raíces en la geopolítica nazi, con un capítulo muy amplio de información militar, guerra psicológica, propaganda de las atrocidades y restricción de la información civil, esta doctrina también sitúa sus fuentes en el "National Security Act" que introdujo en Estados Unidos, en 1947, instituciones de guerra en tiempo de paz y creó la Agencia Central de Inteligencia —CIA—; y el "Internal Security Act" de 1950 y el "Communist Control Act" de 1954, que desplegaron una campaña anticomunista en todo el país durante un período conocido como "macartismo" por las actividades del senador McCarthy. Por último, esta doctrina también extrae contenidos de las estrategias contrarrevolucionarias creadas por el ejército francés en Argelia e Indochina durante los años 50.

Las observaciones de la Iglesia latinoamericana en el sentido que la "Seguridad Nacional" está vinculada a un determinado modelo económico-político de características elitistas y verticalistas que suprime la participación amplia del pueblo en las decisiones políticas; que pretende incluso justificarse en ciertos países de América Latina como defensora de la civilización occidental cristiana; que desarrolla un sistema represivo, en concordancia con su concepto de "guerra permanente"; que en algunos casos expresa una clara intencionalidad de protagonismo geopolítico y que, impone la tutela del pueblo por élites de poder militares y políticas conduciendo a una acentuada desigualdad de la participación en los resultados del desarrollo; son útiles para describir las condiciones internas en que se gesta el Estado de excepción.

El Estado de excepción funda otra concepción de organización social no sustentada en el "consenso"; así sea relativo, que mantiene el Estado liberal. En tal régimen autoritario, el receptor ya no es tomado como consumidor-electoral sino como un enemigo real o virtual. De ahí que, como lo afirma Matelart, la racionalidad del sistema de comunicación sea totalmente opuesta a la libre información y expresión y no sólo en el Estado de excepción sino también en *momentos de excepción*.

Y esos momentos o estados de excepción fundamentan el carácter transnacional del autoritarismo. El Estado de excepción generalizado en el "cono sur" puede verse entonces como una respuesta extrema del sistema para resolver su crisis, pero al mismo tiempo la cada vez más frecuente introducción de "estados de excepción" en el interior de "gobiernos civiles", es lo que define al autoritarismo creciente del reordenamiento global. La fusión civil-militar ya no se da entonces por la presencia de una burocracia militar

sino por las condiciones militaristas que se establecen: Estado de sitio; cortes marciales, derogación del derecho de manifestación o de huelga, redefinición de "disidencia", de "oposición", estatutos de seguridad, estado de guerra interior, etc., que mantienen la apariencia "democrática" pero en situación "restringida".

Por otra parte, el proceso histórico del desarrollo tecnológico y sus aplicaciones demuestra cómo las actuales tecnologías de comunicación vienen a ser sólo derivados menores, para uso civil, de tecnología mayor usada para fines bélicos.

De tal manera, los procesos de desarrollo tecnológico se han visto ligados a las necesidades militares del poder en pugna, y, en ese sentido, se hace imposible disociar actualmente los avances de la informática de sus usos y orígenes militares porque, de hecho, —y este sería un tercer aspecto de la fusión— la militarización no se establece únicamente como Estado autoritario de excepción sino, también, por las exigencias bélicas para introducir fórmulas de aplicación máxima de las normas de *eficacia y rendimiento*.

El propio planteamiento de Servan-Schreiber al respecto puede ser muy ilustrativo: "Los microordenadores, poderosos, ligeros y *baratos*, adaptados al lenguaje y adaptables a todas las funciones, llegarán a ser tan indispensables para el hombre, tan *omnipresentes*, tan íntimos, como el propio aire que respiramos y en el que vivimos" (15).

Y se debe precisamente a ese sentido de eficacia y rendimiento que puede proporcionar la informática a una sociedad; lo que, a la vez, nos relaciona con dos elementos centrales que la discusión sobre el pensar en lo transnacional ha asimilado: las posibilidades de extensión planetaria y las condiciones de producción del medio programático; o en otras palabras, la transnacionalización y el "know-how" que insertadas en los países comienzan a desbordar y a desdibujar las funciones del Estado nacional.

El Estado transnacionalizado

El enfrentamiento con esta problemática puede centrarse en un incipiente pensar en lo transnacional sobre las perspectivas del nuevo modelo de desarrollo propiciado por la telemática y sus vinculaciones con una cultura transnacional homogenizante que cuestiona identidades culturales a partir del mismo interrogante y puesta en crisis que realiza sobre el Estado nacional.

De hecho, las experiencias son aún jóvenes como para entrar a establecer análisis suficientemente comprensivos de todas sus implicaciones. Pero ya hay bastantes evidencias de su presencia creciente en América Latina, que

obligan a impulsar la reflexión, particularmente en lo que toca al problema del desarrollo y la democracia. Hay que preguntarse, como lo hace Schmúcler, si ante esta nueva situación ¿tendremos que estudiar siempre los efectos después que se han producido? El desafío de la acción parece exigir una actitud diferente: construir el conocimiento como forma de interferir en la realidad.

El problema que se plantea en América Latina no obedece sólo al hecho que las nuevas tecnologías ya se estén introduciendo en muchos niveles de la sociedad, sino a la misma propuesta para que esas nuevas tecnologías, combinadas con las "clásicas" estén en posibilidad de convertirse en el nuevo modelo de desarrollo. "La doctrina de la Seguridad Nacional, que parece esfumarse con el correr del tiempo, pero que sigue siendo la última instancia del Estado autoritario, muestra distintos rostros. Por un lado impone el marco orgánico del control social que aparentemente se diluye en la libre competencia. Por otro, reivindica su papel estratégico en la conformación de una institucionalidad basada en un nuevo esquema de relaciones sociales. El notable desarrollo de la coerción social y el reforzamiento de los dispositivos de seguridad y de autoridad del Estado (...) se hacen necesarios hasta el día en que un renovado conformismo logre imponer el consenso" (16).

Por tratarse de un reordenamiento global, la reflexión no puede prescindir de mirar estos procesos en otras direcciones. El caso latinoamericano es ya sintomático de la articulación autoritarismo-informática, pero en el proyecto planetario es necesario comenzar a entender la presencia de estos caracteres ya no en los extremos de un Estado de excepción sino en las mismas consecuencias de la tecnología en el control social, y en el establecimiento de unas nuevas estructuras de relación tanto internacionales como nacionales:

La relación Software-hardware, en principio, establecería las condiciones de la transnacionalización en el ámbito informático, donde los sistemas de comunicación e información se interconectan en forma compleja en la intersección de la informática, las telecomunicaciones y los medios audiovisuales, apuntando todos a la problemática de la transferencia de las tecnologías culturales. Mattelart y Schmúcler se convierten en referencia obligada para el análisis de estos procesos, no sólo por el cuestionamiento que elaboran frente a las nuevas posibilidades de hegemonía del poder transnacional, sino por la redefinición del "sistema de comunicación" que les permite plantear la posibilidad de reescribir la historia latinoamericana a partir de la genealogía de dichos sistemas y su papel en la formación del Estado y la sociedad civil; cuestión fundamental si se tiene en cuenta la sentida necesidad desde el *pensar en lo popular* de recuperar la historia desde otras perspectivas de análisis. Por su parte, Jesús Martín ha iniciado una línea de trabajo referida a las consecuencias de la implantación de las nuevas tecnologías en

América Latina, basado en la relación de "contemporaneidad" que vincula producción y consumo, y de "no contemporaneidad" que vincula producto cultural introducido para el consumo y espacio social y cultural desde el que éste es consumido.

Asumiendo entonces como contexto global del reordenamiento los procesos articulados de Informatización y Autoritarismo, revisemos brevemente el *pensar en lo transnacional*, referido a la situación latinoamericana, bajo cuatro aspectos centrales que se enmarcan en la problemática de la disolución del Estado propiciada por el modelo informático de desarrollo: en el ámbito propiamente transnacional, la *imposición* del modelo y su *implementación* en la región; y en el ámbito local (de los países) la *recepción* de un modelo homogenizante y la *disolución* de las culturas. Los países pilotos de la informatización, Japón y Estados Unidos, ya han elaborado una nueva clasificación de etapas de desarrollo que desvirtuaría finalmente las etapas rostowianas, estableciendo ahora siete fases caracterizadas por el entrecruzamiento de algunas variables: cantidad y tamaño de las computadoras, política oficial sobre informatización, asistencia internacional y grupos de profesionales y usuarios mirados a la luz del papel de algunas instituciones como el gobierno, las universidades, las transnacionales, etc., en la transferencia de la tecnología ocupacional. Estas fases han sido definidas como: Inicial, inicial hacia básica, básica, básica hacia operacional, operacional, operacional hacia avanzada y, por último, avanzada.

Como se puede ver, la lógica del "desarrollo" se repite, negando aún el "salto" previsto por los profetas de la informatización, e imponiendo de nuevo un proceso progresivo de crecimiento.

Ahora bien, y este es el segundo concepto, la manera como se implementa el modelo introduce dos aspectos de la nueva hegemonía conformada por el poder informático. Por una parte, la transferencia de tecnología se realiza en forma total, no sólo enviando "hard-ware" (base material, equipos, etc.) sino "soft-ware" (reglas pre-programadas, "know how" y "know why"). Lo que reproduce y refuerza el esquema piramidal de la sociedad y el monopolio de la información concentrada en el poder transnacional, porque la telemática —telecomunicación más informática— sintetiza los campos anteriormente disociados de información-noticia, información-entretenimiento, información-control social donde la supuestamente neutra transferencia tecnológica equivale a una transferencia de modelos de reorganización global de la sociedad. Satélites, bancos de datos, redes de información, computadores, televisión por cable, crédito bancario, reservas de vuelo, transacciones monetarias, archivos policiales, etc., ya no operan con la lógica del Estado que los contiene, su lógica es transnacional y su "modus operandi" es local. La naturaleza integradora de la tecnología informática, han dicho Mattelart y

Schmúcler, impone un reacomodo de todos los aparatos de comunicación y de información y redefine la función que cumple cada uno de ellos en la producción del consenso; así, la fórmula "hágalo usted mismo" se ha vuelto la lógica de descentralización y reproducción del sistema mundial capitalista; y se ha convertido en la forma más eficaz para diseñar las estructuras nacionales de recepción "a medida del proyecto" transnacional. La lógica del sistema exige la planetarización y en ese sentido los nuevos sistemas se establecen en América Latina al mismo tiempo que en los países productores.

Pero, si bien la producción y el consumo se dan en términos de "contemporaneidad", la recepción —tercer concepto— involucra otra problemática: ¿Qué se está recibiendo y en qué condiciones? Por una parte se está recibiendo un saber que no se posee y que se introduce como la final y real modernización; por otra, se lo recibe en condiciones de "no-contemporaneidad" entre la tecnología y los usos o las prácticas en que se inserta. "La imposición acelerada de esas tecnologías ahonda, irremediablemente quizá, el proceso de esquizofrenia entre la máscara de la modernización, que la presión de los intereses transnacionales realiza, y las posibilidades reales de apropiación e identificación cultural. Se informatizan o mueren, nos gritan las transnacionales y sus secuaces de adentro" (17). Y la fascinación tecnológica no se hace esperar en muchos sectores de la sociedad, recibéndola —al no poder ser referida mínimamente a su contexto de producción— desde el lenguaje de la religión o de la magia, acaso viviendo la fantasía de las series de ficción.

De tal manera, la tecnología que entra en conflicto con las culturas, por el modo de acceso, adquisición y uso "no contemporáneos" con ella misma, pero, particularmente, por la racionalidad que la sustenta y su misma forma de operar, pone en cuestionamiento, ataca y puede destruir algo que es de hecho una ficción: La identidad cultural en tanto cultura nacional. Pero ello, más allá de una actuación de las transnacionales y su sistema, viene a mostrar su capacidad de adaptación a las nuevas demandas; y, como bien dice Jesús Martín, es muy distinto luchar por independizarse de un país colonialista, enfrentar ese poder geográficamente definido a luchar por una identidad propia dentro de un sistema transnacional difuso, completamente relacionado e interpretado.

No obstante, la crisis de lo nacional no empieza ni acaba con las nuevas tecnologías; desde la Independencia, en la obsesión de igualarnos a Occidente hemos creado, al decir de Carlos Fuentes, países legales para ocultar las llagas de los países reales y tras esos Estados nacionales "legales" se sitúa la imposible articulación de la pluralidad cultural de los "países reales" que el extremo de las nuevas tecnologías informáticas deja ver de repente, al levantar la "tapa" de lo nacional para tratar de introducir esa simulación de modernidad, esa racionalidad de la homogenización global frente a la cual la

alteridad cultural se resiste y se encamina a configurar un modelo de comunicación otro y exige que las relaciones sean pensadas desde otro paradigma.

La resistencia en las culturas populares introduce el quiebre que rompe con la homogenización nacional —en primera instancia— y transnacional en la contemporaneidad de la producción-consumo.

El reto se abre para la existencia y consecuentemente para la reflexión. La información telemática que está a la base del reordenamiento global pone en cuestión la presencia de las identidades culturales, entendidas desde la concepción del poder como obstáculos para el desarrollo o simplemente como cuestiones que tendrían que desaparecer durante el proceso de transnacionalización.

Con el desarrollo de las telecomunicaciones, dice Servan Schreiber, se han multiplicado las aplicaciones de la electrónica y han permitido concebir una integración mundial a partir del momento en el que la comunicación a distancia puede adoptar el mismo código de la electrónica. Así, las redes de comunicación entran a formar un solo universo con los ordenadores y los robots; permiten realizar toda una serie de tareas donde la distancia es abolida y acaban por completar y unificar el sistema. No se trata ya, de hablar de transferencia de tecnología, de ayuda, de restablecimiento del equilibrio entre el universo industrializado y el Tercer Mundo. Hay que pensar ahora en que los microprocesadores en acción no reclamarán una aportación humana muy diferente a las conocidas hasta ahora y que todos los seres humanos, procedan del Norte o del Sur, se verán llamados a tareas de la misma naturaleza, para las cuales serán adiestrados y equipados de la misma manera.

Y esa "misma manera" pone de presente el rechazo de lo diferente, de tal forma que una cultura planetaria no puede aceptar la heterogeneidad y en nombre de esa memoria electrónica, como plantea Jesús Martín, nuestros pueblos se verán obligados a renunciar a tener y acrecentar su propia memoria, pues en la dicotomía atraso y modernidad la memoria popular no cuenta, no es informáticamente operativa, y por tanto no es aprovechable. La manera como Jesús Martín aborda los retos a la reflexión sólo es conveniente de ser mirada en el contexto del *pensar en lo popular*, justamente porque "lo popular" será ese espacio desde donde dar cuenta de la diversidad cultural y su enfrentamiento con la homogenización transnacional que es ya un proceso creciente en América Latina. Los retos ya no se pueden enfrentar con "luddismos" actualizados ni la identidad cultural se puede pensar desde el pasado indígena, pero el proyecto "democrático" de la era telemática exige respuestas urgentes porque la uniformización autoritaria sólo deja la participación al consumo descentralizado de las nuevas tecnologías. Y "esta descentralización a través del mercado, esta participación meramente ilusoria, en realidad tiende a una atomización de la sociedad que sustituye las formas de vida comunitaria y disgrega el poder de lo colectivo, proponiendo una nueva cultura basada en la exasperación del individualismo" (18).

CITAS Y REFERENCIAS

- (1) CALETTI, R.S. Reflexiones sobre Teoría y Cambio Social. En Revista Comunicación y Cultura No. 10. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco. 1983. pp. 177-178.
- (2) Véase CAPRILES, O. Acciones y reacciones en San José. El debate de las comunicaciones en la UNESCO. En RUIZ ELDREDGE, A. (Comp.). El Desafío Jurídico de la Comunicación. México: ILET-Nueva Imagen, 1979.
- (3) MOTTA, L. G. Costa Rica: Seis años después. En Revista Chasqui No. 3. Quito: Ciespal, Abril-Junio 1982, p. 14.
- (4) CAPRILES, O. Venezuela ¿Política de Comunicación o Comunicación Alternativa? Revista Ininco (copia sin datos completos), p. 58.
- (5) McBRIDE, S. y otros. Un solo mundo, voces múltiples. México: UNESCO-Fondo de Cultura Económica. 1980.
- (6) GARCIA MARQUEZ, G. La Comisión de Babel. Artículo publicado en el Diario "El Espectador". Bogotá: El Espectador, noviembre 2 de 1980.
- (7) SOMAVIA, J. Perspectivas del Informe McBride. En VARIOS AUTORES. Por una Información Libre y Liberadora. Lima: CELADEC, 1982, p. 114. Los subrayados son nuestros.
- (8) McBRIDE, S. y otros. Obra citada. p. 361. Los subrayados son nuestros.
- (9) MARTIN, J. Transnacionalización tecnológica y resistencia cultural. Documento presentado al simposio de UNESCO: "Impacto cultural y socioeconómico de las Tecnologías de Comunicación". Roma: mimeo. 1983.
- (10) MATA, M.C. ¿La alternativa legalizada? Una lectura precavida del Informe McBride. En VARIOS AUTORES. Por una Información Libre y Liberadora. Obra citada. pp. 177-178.
- (11) MARTIN, J. Retos a la Investigación de Comunicación en América Latina. En Memorias de la Semana Internacional de la Comunicación. Pontificia Universidad Javeriana. Facultad de Comunicación Social. Serie Cuadernos No. 29. Bogotá, 1981.
- (12) MATTELART, A. y SCHMUCLER, H. América Latina en la Encrucijada Telemática. Buenos Aires: Paidós, 1983. pp. 11-12.
- (13) BRZEZINSKI, Z. citado por MATTELART, A. Comunicación y Nueva Hegemonía. Lima: CELADEC-CEDEE, 1981. p. 36.
- (14) Citado por MATTELART, A. y MATTELART, M. Comunicación e Ideologías de la Seguridad. Barcelona: Anagrama, 1978. pp. 44 y ss.
- (15) SERVAN-SCHREIBER, J.J. El Desafío Mundial. Madrid: Plaza y Janés, 1981. pp. 236 y 250.
- (16) MATTELART, A y SCHMUCLER, H. obra citada, p. 107.
- (17) MARTIN, J. Transnacionalización Tecnológica y resistencia cultural. obra citada, pp. 3-4.
- (18) MATTELART, A. y SCHMUCLER, H. obra citada. p. 125.